

Leer para disfrutar y aprender*

Isabel Solé

Universidad de Barcelona. Departamento de Psicología Evolutiva y de la Educación

Hablamos mucho acerca de la lectura, ya sea porque nos preocupan los resultados, a veces algo inquietantes, que reflejan las evaluaciones del alumnado, o acerca de los hábitos lectores de los ciudadanos de este país; ya sea por los lúgubres pronósticos que periódicamente se ciernen sobre la lectura y los libros, y que advierten de su posible desaparición por la competencia que suponen otros medios de acceder a la información o de llenar el tiempo de ocio.

Sin embargo, los avances que han supuesto las nuevas tecnologías, y la expansión de la sociedad del conocimiento y de la información que conlleva la necesidad de «aprendices permanentes» aseguran la pervivencia de la lectura, cada vez más imprescindible para orientarse en el denso y engañoso bosque de la información a que tiene acceso cualquier ciudadano. Por otro parte, leer es además un medio para acceder al pensamiento de otros, a culturas ajenas, a la fantasía, al conocimiento. En este contexto, más que preocuparnos por la «salud» de la lectura, que no parece muy amenazada, cabe ocuparse más de la formación de lectores críticos, que puedan acceder a la lectura, disfrutar de ella y utilizarla para aprender a lo largo de su ciclo vital.

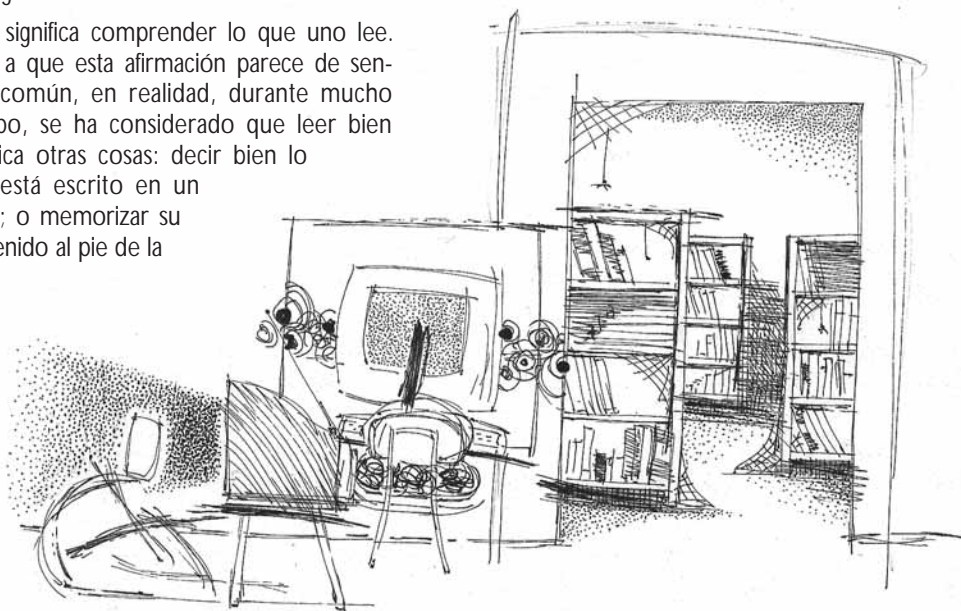
Leer significa comprender lo que uno lee. Pese a que esta afirmación parece de sentido común, en realidad, durante mucho tiempo, se ha considerado que leer bien significa otras cosas: decir bien lo que está escrito en un texto; o memorizar su contenido al pie de la

letra y recitarlo sin fisuras. La idea de un lector activo, que procesa, critica, contrasta y valora la información, que la acepta o la rechaza, es en realidad una idea bastante reciente que se vincula a los valores de la Ilustración, a la extensión de la escolaridad y a la facilidad para la difusión de los textos escritos que supuso la invención de la imprenta.

Aceptemos, pues, que leer bien consiste en comprender, es decir, en poder atribuir un significado al texto. Esta afirmación conduce a tener en cuenta simultáneamente al lector —sus expectativas y motivación, sus objetivos de lectura, sus conocimientos previos sobre el tema— y al texto —su organización, contenido, coherencia, dificultad—. Porque aunque es verdad que la mayoría de los textos que leemos tienen un significado inherente —aquel que el autor quiso darle—, no es menos cierto que el significado que tiene para cada uno de sus lectores potenciales cambiará, aunque sea en unos matices.

Por lo tanto, lo que interesa no es que el lector «diga» el texto o lo que recite, sino que sea capaz de construir una interpretación para él. Una interpretación que depen-

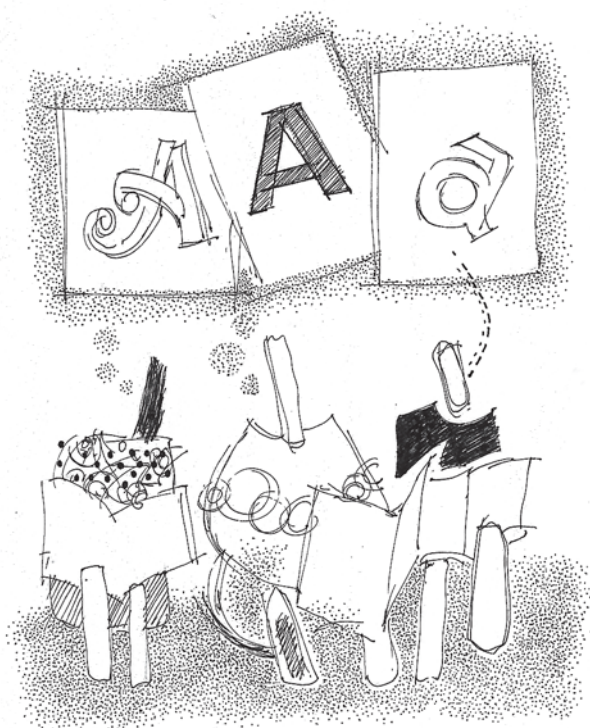
* En: *Padres y Maestros*. Revista de la Confederación Estatal de Asociaciones de Padres y Madres de Alumnos, N° 73, enero-marzo del 2003, Madrid.



de del texto de que se trate, pero también, y mucho, de cómo y con qué bagaje se aproxima el lector; por tanto, una interpretación personal que conduce más que a decir lo que está escrito a transformar el propio conocimiento. Comprender, entonces es clave para aprender.

Esto es así porque la lectura no es una «copia» de lo escrito, sino una construcción en que intervienen el texto y nuestros conocimientos anteriores, construcción gracias a la cual estos conocimientos se modifican, se reorganizan, crecen. Se ha dicho muchas veces, pero quizá sin atender suficientemente a su importancia, que la lectura nos acerca a la cultura —a múltiples culturas—; cabe añadir que ese acercamiento no es contemplativo, pasivo, sino al contrario, participativo y global. No es sólo que conozcamos el punto de vista de otros; mediante la lectura, aprendemos a conocer mejor y a enriquecer nuestro propio punto de vista.

Por lo demás, el lector que comprende lo que lee, puede gozar leyendo, y encontrar en la lectura una fuente de placer y un medio de evasión de lo cotidiano a través de una experiencia que le permite introducirse en otros mundos, reales e imaginados, pasados e hipotéticos. Quizá porque hemos atribui-



//

En síntesis, podemos afirmar que cuando la lectura es «lectura comprensiva» adquiere todo su potencial como instrumento al servicio del lector: sirve para buscar una información precisa, para contrastar su pensamiento, para aprender a partir de textos, para disfrutar.

do gran importancia al poder de la lectura como estrategia de aprendizaje, hemos obviado injustamente esa dimensión íntima, personal, que forma parte de su misma esencia.

En síntesis, podemos afirmar que cuando la lectura es «lectura comprensiva» adquiere todo su potencial como instrumento al servicio del lector: sirve para buscar una información precisa, para contrastar su pensamiento, para aprender a partir de textos, para disfrutar. Todo ello parecen razones suficientes para defender que la lectura que se enseña y que se aprende posea ese carácter. Enseñar a leer supone enseñar a tener motivos y objetivos propios para la lectura, enseñar a aportar lo que se sabe y lo que se espera del texto, enseñar a interrogarse durante la lectura para asegurar la comprensión, enseñar a hacer inferencias, a suponer, a imaginar con base y fundamento. Implica también enseñar a deslindar las ideas principales de las secundarias, a resumir y a sintetizar lo que se ha leído. Conduce a enseñar que la interpretación del texto depende no sólo de éste, sino del trabajo del lector, que debe poder encontrar algún motivo para la lectura y sentirse con la seguridad y confianza suficiente para poder leer, ya sea autónomamente, ya sea con la ayuda que le ofrece otra persona. Asimov escribió una vez que el libro es el medio audiovisual más sofisticado que existe, pues se acciona por la simple voluntad del usuario. El reto de la enseñanza de la lectura es que esa voluntad responda a un deseo y a la seguridad de que valdrá la pena ejercerla.